

MUJERES DE LA LIMPIEZA Y OCUPACIONISMO. UNA MIRADA DESDE EL POSTHUMANISMO

CLEANING WOMEN AND OCCUPATIONISM.

A LOOK FROM POSTHUMANISM

Josep Martí*

Universitat Oberta de Catalunya e Institut Catalá d'Antropología (España)

Judith C. Ramos**

Institut Catalá d'Antropología (España)

Resumen

Este artículo se centra en la realidad del colectivo del personal de limpieza, mayoritariamente mujeres. Una cuestión obligada al tratar esta temática desde una perspectiva posthumanista es la minusvaloración social hacia el trabajo de limpiadora. El posthumanismo otorga importancia a las diferentes maneras de cómo los humanos somos continuamente producidos mediante fuerzas materiales, regímenes discursivos y agencias no humanas, y se preocupa por aquellas disparidades que existen entre la imagen abstracta de ser humano del humanismo y las diferentes actualizaciones de éste en la vida real, disparidades que se reflejan en discriminaciones sociales. Así, el posthumanismo se interesa por las problemáticas propias del sexism, el racismo, el edadismo, el capacitismo, así como también del ocupacionismo, patología social consistente en menospreciar o sobrevalorar a un individuo por el trabajo que efectúa.

Palabras clave: Posthumanismo. Ocupacionismo. Discriminación social.

* Profesor en la Universitat Oberta de Catalunya (España). Presidente del Institut Catalá D'Antropología (España). Doctor en Antropología por la Philipps-Universität de Marburg (Alemania),

** Miembro del Institut Catalá D'Antropología (España). Graduada en Antropología y Evolución Humana por la Universidad Rovira y Virgili (España) y la Universitat Oberta de Catalunya (España).

Abstract

This article focuses on the reality of cleaning workers, mostly women. A necessary issue when dealing with this subject from a posthumanist perspective is the social undervaluation of the work of cleaners. Posthumanism attaches importance to the different ways in which humans are continually produced, through material forces, discursive regimes and non-human agencies. Posthumanism is concerned with those disparities that exist between humanism's abstract image of the human being and the different actualizations of this in real life, disparities that are reflected in social discriminations. In this way, posthumanism is concerned with the problems of sexism, racism, ageism, ableism or occupationism, a social pathology, which lies in the fact of undervaluing or overvaluing an individual for the work he or she performs.

Keywords: Cleaning Women. Posthumanism. Occupationism. Social Discrimination.

INTRODUCCIÓN

Cuando pensamos en aquel mítico “hombre de Vitrubio” y en tantas idealizaciones sobre el ser humano características del humanismo, cuesta verlo resonar en los cuerpos de muchas personas que ya sea por sus características físicas o por las actividades que realizan se hallan en los últimos puestos dentro de las escalas jerárquicas propias de nuestra sociedad. Conceptos que forman parte del entramado conceptual humanista como “humano” o “individuo” son marcadamente normativos y como tales devienen fácilmente instrumentos en prácticas de exclusión y discriminación (Braidotti, 2013: 26). El posthumanismo se preocupa por aquellas disparidades que hay entre la imagen abstracta del ser humano del humanismo y las actualizaciones de este ser en la vida real, disparidades que se reflejan muy especialmente en las discriminaciones sociales que tienen lugar entre humanos. Históricamente, se ha excluido muy a menudo determinados grupos o colectivos de la categoría de humanos como los esclavos o grupos racializados minusvalorados, algo que el humanismo crítico ya ha denunciado y que asimismo lo hace el posthumanismo (Nayar, 2014: 22). Si de acuerdo con Ellis (2018: 144), el humano es una ideología disfrazada de especie, la misma idea de especie implica también distinciones en forma de subespecies. Actualmente, nadie en su sano juicio negaría la categoría de humanos a determinados colectivos sociales pero continúan existiendo patrones bien marcados de jerarquización que implican un reparto desigual de aquella dignidad del “hombre” que el humanismo enarbola como bandera, un “hombre”, cuya subjetividad se basaba en una capa privilegiada de la población y que se entendía como el orden natural de las cosas. De esta manera, el posthumanismo se preocupa por las problemáticas propias del sexismo, el racismo, el edadismo o el capacitismo, por ejemplo. A estas miradas discriminatorias hacia determinados colectivos de seres humanos le podemos añadir el ocupacionismo¹.

¹ Este artículo se basa en la comunicación “Dones de neteja, assemblatges i ocupacionisme” presentada por los autores en el *III Congrés Català d'Antropologia*, Lleida 24-26 de enero de 2024. Los resultados de este estudio se han conseguido mediante la elaboración teórica de datos empíricos recogidos durante los años 2022 y 2023 a partir de observación, observación participante y entrevistas. Estos datos fueron recopilados principalmente por Judith C. Ramos, en el área de Barcelona y localidades limítrofes. Desde el punto de vista conceptual, el artículo se distingue por su empeño en aplicar el marco teórico posthumanista a su objeto de estudio, a partir sobre todo de resultados procedentes del proyecto de investigación “El cuerpo y el género dentro del marco epistemológico conceptual del posthumanismo” (Plan Nacional de I+D+I FEM2016-77963-C2-1-P. 2016-2021, IP: Josep Martí). Tal como es propio de las estrategias metodológicas posthumanistas, en el manejo de los datos empíricos hemos prestado una especial atención a identificar ensamblajes, relaciones, afectos y territorializaciones (Fox y Alldred, 2018: 778; Martí, 2023).

El primero en hablar de “ocupacionismo” fue el psicólogo norteamericano John Krumboltz quien definió este concepto, en un primer momento, como la discriminación que sufren las personas en base a su ocupación laboral (Krumboltz, 1991: 310). Posteriormente, redondeó esta definición añadiendo que el ocupacionismo consiste en emitir juicios sobre las características y valor de las personas basados en sus ocupaciones laborales pasadas, presentes o futuras (Krumboltz, 1992: 512). Juicios, pues, que tienden a encasillar a las personas en gradaciones axiológicas. El ocupacionismo contribuye, evidentemente, a reforzar estructuras clasistas².

El posthumanismo es muy crítico con relación a determinados aspectos que constituyen la médula del neoliberalismo. Al focalizar nuestra atención en el ocupacionismo, a la fuerza hay que hablar de neoliberalismo porque el orden neoliberal, más allá de su impacto concreto en la economía y la globalización, se caracteriza por la colonización ideológica de todos los aspectos de la vida (López, 2019: Cap. 3). Una idea básica es la del beneficio, rechazando por tanto todo lo que no implique sacar provecho según los criterios del mercado que es aquello que determinará los valores. Esta actitud no la vemos solo en el terreno de la economía, sino también en el de las relaciones personales o en el ámbito del conocimiento. El principio de competencia está por encima del de cooperación. Se destruyen formas de relación comunitaria en favor del individualismo.

Aquello que es propio del régimen neoliberal es, especialmente, su individualismo, clasismo y sus intentos por legitimar las desigualdades sociales, entre otros, con la falacia meritocrática y el principio ideológico del rendimiento individual (Basaure y Montero, 2018: 14). La idea liberal de la “igualdad de oportunidades” no encaja en absoluto con la realidad social actual. El posthumanismo entiende el ser humano no como agente individualizado, sino como parte de un entramado semiótico, material y multidimensional (Latour, 2005) y una consecuencia de esto es el énfasis que hace en reconocer la importancia de ontologías relacionales no jerárquicas (Wilde, 2022: 30). Frédéric Lordon, con mucho acierto, decía que no se puede combatir el imaginario neoliberal si no se ataca su núcleo duro metafísico, es decir, su idea de “hombre” (Lordon, 2018: 339), y éste, precisamente, es uno de los caballos de batalla del posthumanismo. Uno de los eslóganes principales del humanismo es que todos los seres humanos son iguales en dignidad. Si tenemos en cuenta que el humanismo forma parte de la episteme de la modernidad (Foucault, 1966), solo el hecho de tener en cuenta la

² Sobre ocupacionismo véase también Carson (1992) y Akçali (1994).

estratificación neoliberal de la población en términos laborales ya nos hace ver, sin embargo, la vacuidad de estas palabras. Este ser humano en abstracto, al cual se le atribuye dignidad, no es precisamente el ser humano del día a día. El universalismo propio del humanismo hace que se otorgue al sujeto del humanismo europeo una validez universal, y esto ocasiona que se mida lo que “tiene que ser” el ser humano con el modelo ideal elaborado de acuerdo con la perspectiva europea, de clase, androcéntrica y antropocéntrica. El ser humano como tal es una quimera si no se lo entiende a partir de los ensamblajes en los que se halla inmerso, y está claro que en el contexto de la especialización en las ocupaciones laborales encontramos grandes variaciones en cuestiones de dignidad, cosa que en una sociedad de mercado se manifiesta también en las grandes disparidades que existen en las retribuciones económicas. Aquí es cuando conviene sacar el ocupacionismo a la palestra.

La explotación laboral del neoliberalismo, como del capitalismo en general, se sirve en parte del ocupacionismo. La componente moral de esta ideología legitima la injusta distribución salarial. La distinción axiológica que se hace entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, o la baja consideración que se tiene sobre algunas actividades productivas, como las dedicadas a la limpieza, y muchas que se mueven dentro del ámbito de la reproducción, permite, con el beneplácito social, la poca retribución de muchas trabajadoras. Todo esto lo refuerza la falacia de la meritocracia que –considerando el individuo autónomo y agéntico-ignora que aquello que consigue o deja de conseguir en su carrera laboral no se explicaría sin el complejo entramado del entorno social, cosa que, en cambio, sí reconoce el posthumanismo pues entiende al ser humano incrustado en sistemas sociales más amplios: naturales, comunicativos, culturales, tecnológicos, etc. (Wolfe, 2010: XXV). El hecho de que para realizar trabajos de limpieza no haya hecho falta pasar por largos períodos de formación se argumenta como razón por la poca remuneración laboral. Judith C. Ramos, coautora de este artículo, recogió en una ocasión el argumento de un responsable de una empresa de limpieza que justificaba el bajo sueldo de las trabajadoras porque a ellas “no se les paga por pensar”. En el caso de las trabajadoras con pocos estudios, parece como si hubiera sido la propia conciencia y decisión de estas personas la de renunciar a toda formación. De hecho, el ideólogo anarquista Piotr Kropotkin ya era bien consciente de esta realidad: “Los servicios hechos a la sociedad, ya sea de trabajo en las fábricas o en el campo, ya en el orden moral, no pueden ser evaluados monetariamente. No puede medirse exactamente su valor; como tampoco lo que impropiamente se llama valor de cambio, y el valor utilitario. [...]. Pero no puede calcularse lo que hace en un par de horas y menos puntualizar que su producto vale

doble que el producto de dos horas de trabajo del otro individuo, y remunerarle en relación. Obrar de esta manera acusaría ignorancia de cuanto hay de complejo en la industria, la agricultura y en la vida entera de la sociedad actual; demostraría también que se ignoraba hasta qué punto el trabajo individual es la consecuencia de los trabajos anteriores y presentes de toda la sociedad” (en Vita, 2007: 105).

Todo esto nos hace pensar en la realidad de que toda división técnica del trabajo es, de hecho, una división social del trabajo (Althusser, 2016) hecho que debe ser leído también en clave de división sexual del trabajo en la que, si el trabajo de reproducción, entendido como “trabajo doméstico” constituye un factor explicativo del empleo femenino, se lo ha de entender como el núcleo de las desigualdades de género (Brunet y Santamaría, 2016: 67).

Hay ocupaciones a las que se les otorga más prestigio que otras. Pero el prestigio es algo contingente y varía según épocas y sociedades. El prestigio no está en absoluto desconectado de criterios jerárquicos de entender maneras de vivir, y por tanto de elección ocupacional, tal como son vehiculados por el pensamiento humanista y neoliberal.

Un rasgo característico de las sociedades complejas es la división del trabajo, cosa que va acompañada por un desigual reparto de prestigio entre las diferentes ocupaciones (Treiman, 1977). Que sea un rasgo característico, no significa, sin embargo, que tenga que naturalizarse. De la misma manera que el sexism o el racismo son ideologías que hacen también fácilmente acto de aparición en estas sociedades complejas y es necesario tomar medidas para contrarrestarlas, lo mismo será necesario hacer con el ocupacionismo por tal de no incurrir en injusticia social.

Al margen de que no tiene que haber siempre forzosamente una relación directa entre prestigio y remuneración económica, el prestigio es algo volátil que planea por encima de la razón de ser de las ocupaciones laborales: la satisfacción de necesidades sociales. Pero creer en el prestigio de algunas ocupaciones laborales no significa entrar todavía de lleno en el ocupacionismo, aunque éste se pueda servir de ello. El ocupacionismo, como patología social, recae en el hecho de minusvalorar o sobrevalorar a una persona por el trabajo que efectúa. Si, de acuerdo a determinadas estructuras, uno se siente superior en un grupo de mujeres por el hecho de ser hombre, si se siente superior entre un grupo de negros, por el hecho de ser blanco, si se siente superior entre un grupo de indigentes por el hecho de disponer de suficientes recursos económicos o se siente superior por el hecho de ser académico, esta

persona está cayendo en las trampas del sexism, racismo, clasismo y ocupacionismo. El hecho de que un individuo se tenga por superior en todas estas circunstancias implica forzosamente que atribuye inferioridad a los otros con los que se compara.

Si se otorga valor a la limpieza, nadie puede poner en duda que las actividades que se desarrollan para su mantenimiento son socialmente necesarias. Curiosamente, sin embargo, la visión social que se tiene sobre estas actividades suele sufrir de ocupacionismo. Ya es bien sintomático que, en algunos colegios españoles, se amenace a los escolares con hacerles hacer trabajos de limpieza como castigo, limpiar el patio, por ejemplo, algo que también se da en las estrategias de algunas familias para disciplinar a los niños. Entender esta actividad como algo que sirva para castigar no es precisamente la mejor manera de dignificarla.

Si el grado de remuneración laboral, en una sociedad de mercado, es uno de los signos que apuntan a la valorización social de una determinada tarea, está claro que las actividades de limpieza se encuentran, generalmente, en los niveles más bajos. Pero si se trata de una actividad laboral de baja estima no es sólo por este hecho (causa y al mismo tiempo consecuencia), sino porque la percepción social le adscribe una cierta aura deshonrosa. Tanto es así, que, a menudo, a muchas personas que se mueven en este ámbito laboral no les gusta que se sepa que se ganan la vida de esta manera, un hecho que se puede llegar a ocultar o que puede hacer adoptar estrategias personales de recalibración para afrontar y dignificar su situación laboral (Bosmans *et al.*, 2016: 65)³.

Bosmans et al. identificaron el hecho de ocultar a los demás la naturaleza del propio empleo profesional como una de las estrategias que adoptan trabajadores del servicio doméstico para afrontar las consecuencias negativas del empleo (Bosmans *et al.*, 2016: 65), un hecho constatado también para trabajadores de la limpieza (Saunders, 1981, en: Ashforth y Kreiner, 1999). De acuerdo con la denominada “social identity theory”, la autoestima de una persona depende, en muy buena medida, del empleo profesional que tiene y de cómo éste es percibido socialmente (Ashforth y Kreiner, 1999: 417). De hecho, el trabajo constituye una de las esferas primarias de resonancia, tal como el sociólogo Hartmut Rosa entiende el concepto (Susen, 2020: 336). En el caso de las mujeres de la limpieza, en muchas ocasiones, una misma

³ La recalibración se produce ajustando los estándares implícitos utilizados para evaluar el trabajo, minimizando aspectos importantes no deseados o maximizando aspectos deseados que están poco o nada relacionados con el trabajo (*Ibid.* 57).

trabajadora puede estar sufriendo no sólo los efectos del ocupacionismo, sino también del sexism, racismo o edadismo.

SUCIEDAD

En nuestra sociedad, la limpieza es un valor social y que se enmarca en la normalidad. En situaciones de estrés social se puede tolerar su falta, pero si no, la ausencia de limpieza se considera dejadez y se censura negativamente. Pero la verdad es que, a pesar de ciertos valores sociales, se puede sobrevivir entre la suciedad. Quizá por ello, las personas que se encargan de eliminarla, no sobran, pero tampoco se las considera del todo imprescindibles.

Cualquier profesión se lleva a cabo en un medio que hace que la persona trabajadora esté en contacto con materialidades bien concretas: en el caso de los trabajadores de cuello blanco el escritorio, y todo lo que hay en él; en el taller del mecánico, las herramientas, la grasa de los motores y un sinfín de otros utensilios; en el caso de la modista, las telas, hilos y agujas...

El estrecho contacto de las materialidades con las personas hace que en ocasiones se hable de “contaminación”. En muchos casos somos muy conscientes de ello, como cuando se trata de una contaminación perjudicial para la salud de las personas (mineros, trabajadores de laboratorio) pero siempre, a la realidad de esta contaminación física, se le añade el registro simbólico. El carnicero, por ejemplo, está acostumbrado a manipular la carne de una manera que puede herir la sensibilidad de más de una persona. Corta, descuartiza, despelleja... su delantal ensangrentado es testigo mudo de su labor cotidiana. El estrecho contacto que tiene con estas materialidades: las carnes troceadas, los cuchillos, el bloque de madera manchado de sangre, hace que, en el registro simbólico, “carnicero” sea sinónimo de cruel o truculento.

A través de lo que la persona toca, en virtud de su quehacer cotidiano, se le contagia fácilmente aquello que socialmente se otorga a esta materialidad. Si los libros representan sabiduría, la imagen que tenemos del bibliotecario que está en un contacto tan estrecho con ellos es el de la erudición. A la modista se la puede relacionar fácilmente con elegancia. Y por lo que concierne al carnicero de nuestro ejemplo, la primera idea que nos viene a la cabeza no es precisamente la de la sutileza. Estas materialidades ejercen su agencia.

En el caso de la mujer de la limpieza, la suciedad es una de esas materialidades entre las que debe moverse. Puede ser de muchos tipos, la porquería de cada día, en el lugar de cada día. También en ocasiones hay sorpresas, mierda donde habitualmente no la hay, un exceso, como cuando la trabajadora se topa con restos de vómitos por el suelo o restos de excrementos esparcidos en un WC de la empresa para la que efectúa su labor de limpieza. Para unos tipos de suciedad, la mujer de la limpieza está completamente habituada. Para otros no.

La cualidad de limpio no es siempre, sin embargo, sinónimo de ausencia de suciedad, algo que la mujer de hacer faenas conoce muy bien. La huella de unas gotas resecadas procedentes del producto de limpieza aplicado al cristal de un ventanal o restos de jabón en un cacharro de cocina no deberían considerarse suciedad, pero su presencia hace que no se pueda entender el trabajo de limpieza bien logrado. Estas huellas se encuentran en el entremedio, entre orden y desorden, entre limpio y sucio.

Toda materialidad ofrece la potencialidad del contagio. En este sentido, Stacy Alaimo habla de *transcorporalidad*. El término se refiere a la zona de contacto literal entre naturalezas humanas y más-que-humanas (Neimanis, 2017: 33). Dado que la sustancia de los cuerpos es inseparable de su medio, el medio pasa a formar parte de la sustancia de nosotras mismas (Alaimo, 2010: 4). Aunque a primera vista otorgamos una dimensión física a la suciedad, el hecho de que se pueda entender que cuerpos y partículas materiales se encuentren “fuera de lugar”, hace que la idea de suciedad sea también marcadamente simbólica. El polvo en un camino de montaña no se considera suciedad, mientras que las mismas partículas físicas adheridas al cuerpo después de una larga caminata sí se lo considerarían. En el caso de la misofilia, no se halla la correspondencia que se hace habitualmente entre ciertos tipos de suciedad y asco. Sobre la dimensión simbólica de la suciedad y la limpieza como reproducción simbólica del orden ya habló la antropóloga Mary Douglas (1984; véase también Shove, 2003). Y esta misma dimensión simbólica facilita ciertos desplazamientos que hacen que se pueda llegar a considerar la suciedad más allá de su mera materialidad. A partir del trabajo de Mary Douglas se puede entender fácilmente que, en nuestras sociedades, se equipare la limpieza con la bondad y la suciedad con la maldad (Ashforth y Kreiner, 1999: 416), algo que también se hace con buenos y malos olores (Miller, 1997: 235-254; Low, 2006). La suciedad no es sólo un fenómeno físico sino también moral. La mujer de hacer faenas, a través de sus tareas, ve, toca, rasca, huele la suciedad, se empapa de aquellas partículas “fuera de lugar” y, quiera

o no, incorpora en ella aquello que socialmente se otorga a la suciedad porque, recordémoslo, suciedad no es sólo una cualidad de determinadas partículas físicas, sino el hecho de que se encuentren *donde no deben estar*, y ese *donde* también puede llegar a ser el mismo cuerpo de la limpiadora cuando se ensucia.

Ensuciarse forma parte de las características de muchos trabajos. El mecánico de coches se ensucia con la grasa de los motores; el campesino con la tierra que trabaja; la panadera con los productos que manipula. Para muchas personas, este tipo de suciedades no provocan, sin embargo, el mismo horror que las que amenazan a las mujeres de la limpieza. No se trata de la misma suciedad. De la suciedad del mecánico, la del campesino o de la panadera se conoce perfectamente su origen. En cambio, la que compete a la limpiadora se caracteriza por su heterogeneidad: polvo, cabellos, manchas de orina, restos de comida... Puede ser tanto de origen orgánico como inorgánico, bien visible o microscópica. A diferencia de otros tipos de suciedad, aquella con la que la mujer de la limpieza debe confrontarse a menudo provoca asco. El asco, entendido como emoción negativa, es algo visceral que alude de forma directa a la materialidad, una materialidad que nos repugna al entrar en contacto con nuestro cuerpo. El asco implica terror háptico hacia lo que nos repele, implica el horror al contacto ya sea el contacto directo con la piel o hacia los olores. De esta manera, la aversión hacia la suciedad puede ir mucho más allá del conflicto conceptual de constatar que algo está “fuera de lugar”. Tiene que ver también con la visceralidad.

Por estas razones, a medida que las tareas de limpieza se profesionalizan, cada vez más, también se incorporan elementos de protección con el fin de reducir las posibilidades de contaminación. Hoy se trabaja con batas y cofias, guantes de limpieza de diferentes materiales y algunos incluso desechables. Ya no es sólo por el hecho de que se considere desagradable el contacto físico con la suciedad; es el miedo a bacterias y microorganismos que nadie ha visto nunca pero que se sabe que están. El hallazgo de la fregona, además de implicar más comodidad, permite aumentar la distancia entre la persona que la emplea y la roña que recoge.

La suciedad, como cualquier tipo de cuerpo, vivo o inorgánico, tiene la capacidad de ejercer agencia: “Por ahí estoy sentada mirando televisión a la tarde, tomando mate, tranquila, y miro los vidrios y los veo sucios y enseguida agarro un trapo y me pongo a lavarlos ¡No me puedo quedar quieta! Es más fuerte que yo” (Galarza, 2019: 23). La expresión “es más fuerte que yo” remite simplemente a un poder de agencia que supera la capacidad de resistirse a él. Está

claro que la suciedad no interpela a todo el mundo de la misma manera. Aquí radican a menudo poderosas razones para las discusiones entre personas que conviven en un mismo espacio. La tradición cultural occidental que otorga a la mujer un papel más activo en las actividades de reproducción, entre las que situamos la limpieza, hace que ella resuene más fácilmente ante situaciones de suciedad, del mismo modo que se afirma que las mujeres, cuando duermen, sienten antes que los hombres los llantos de los recién nacidos.

EL TRABAJO

El mismo concepto de “sucio” ha servido para caracterizar un cierto número de ocupaciones laborales. Ya hace bastantes años, Everett Hughes acuñó el término “dirty work” para referirse a tareas u ocupaciones consideradas desagradables o degradantes (Hughes, 1951: 319). En el artículo, Hughes habla del trabajo de conserje, y en el caso de estos trabajadores, la peor tarea que tenían que hacer, y de la que más se quejaban, era la de recoger la basura de los inquilinos (Hughes, 1951: 319).

El “trabajo sucio” se considera necesario pero contaminado y contaminante, tanto desde el punto de vista físico, como del social y moral (Ashforth y Kreiner, 1999: 429). En este sentido, pues, las mujeres de la limpieza se convierten en “dirty workers” (Ashforth y Kreiner, 1999: 413). El trabajo de limpieza es percibido a menudo como un trabajo no especializado del que se cree que todo el mundo puede llevar a cabo y se asocia fácilmente al trabajo doméstico que se considera no productivo, ni susceptible de recibir honorarios (Bosmans *et al.*, 2016: 54). Si al amparo de la neoliberalización, la figura del “trabajador desechable” emerge como prototipo de las relaciones laborales a nivel mundial (Harvey, 2007: 185), las personas con tareas de “trabajo sucio” ocupan en esta caracterización un lugar destacado.

“Lo mejor de limpiar es que siempre se vuelve a ensuciar”. Así es como se hace concluir la película *Das Zimmermädchen Lynn*⁴, con una frase lapidaria pronunciada por la protagonista, una trabajadora de hotel obsesionada con la limpieza. Esto nos señala una importante característica de los trabajos de limpieza: su calidad de efímero. Hoy se limpia y mañana volverá a estar sucio. A diferencia de otros trabajos como el de la cajera de supermercado o el operario de una cinta de montaje, la mujer de hacer faenas puede tener la satisfacción de ver un trabajo acabado, a pesar de su frágil caducidad. Por otro lado, se trata de un trabajo

⁴ 2014, dirigida por Ingo Haeb.

repetitivo. Hoy tocará volver a limpiar lo que ayer se dejó limpio y pulido. Siempre puede haber algún imprevisto que altere la rutina pero, generalmente, hay poco margen para sorpresas o incidencias fortuitas. Esta necesidad de encadenar día tras día unas mismas o similares actividades garantiza el trabajo de la limpiadora y, por tanto, su sueldo, pero, por otro lado, también puede llegar a exasperar al ama de casa que no recibe ningún sueldo por ello y que, posiblemente, ni siquiera reciba el reconocimiento por parte del resto de la familia pues, al fin y al cabo, sabe que el trabajo doméstico es algo que se ha naturalizado como propio de la mujer.

Otra de las características de los trabajos de limpieza es la invisibilidad de las personas que se dedican a ello, algo que saltaba a la vista en nuestras observaciones y que también se reconoce en algunas publicaciones (Rollins, 1985: 207 y ss.; Taylor y Fairchild, 2020: 510). Y de esto se quejan también muchas trabajadoras de la limpieza, así como las denominadas *kelly*, las camareras de piso de los hoteles:

“He llegado a estar en situaciones tremendas como cuando estás limpiando el baño y un señor pasa, ni te mira y se pone a hacer pis como si no estuvieras. O la pareja que llama pidiendo algo y cuando tocas a la puerta y abres están en pleno lío”.⁵

De alguna manera, se espera de ellas no sólo que no sean vistas sino también que cuenten con no ser vistas. En determinadas situaciones, esto puede ser problemático como el caso de una trabajadora de la limpieza de un gimnasio, en Jerez, que en 2023 fue despedida por negarse a hacer sus tareas mientras había hombres en el vestuario⁶.

ENSAMBLAJES

Como cualquier actividad laboral, el trabajo de la limpieza se produce dentro de un ensamblaje concreto. En términos de Deleuze, un ensamblaje constituye una multiplicidad rizomática de flujos semióticos, materiales y sociales (Deleuze y Guattari, 1988: 22–23)⁷ y todo ensamblaje bulle mediante la segmentación. Deleuze nos habla de la “segmentación”

⁵ https://www.eldiario.es/illes-balears/economia/dia-kellys-trabajadoras-mantienen-turismo-costa-salud_1_10185197.html [consultado en marzo de 2024]

El pudor, en tanto que código social, tiene siempre una validez contextual. Según nos dice Norbert Elias, el sentimiento de pudor corporal puede desaparecer entre personas de diferente condición social (1988: 502).

⁶ https://www.eldiario.es/andalucia/cadiz/despedida-empleada-gimnasio-jerez-negarse-limpiar-vestuario-masculino-ocupado_1_10511340.html [consultado en marzo de 2024]

⁷ Sobre el concepto de ensamblaje: Deleuze y Guattari (1988); Manuel De Landa (2006, 2016).

como del principio estructurador fundamental que contribuye a la organización de la vida social e individual de todos los humanos Message, 2005: 240). Somos animales segmentarios (Deleuze y Guattari, 1988: 208). Hay dos tipos básicos de segmentación, la molar que se caracteriza por su rigidez, y la molecular que es blanda o dúctil (Message, 2005: 241). En el caso de los trabajos de limpieza, el ensamblaje está conformado por las ideas que se asocian a este trabajo, las estructuras laborales (por ejemplo, las empresas que ofrecen sus servicios), los útiles, las tecnologías, las personas, valores y prácticas neoliberales como los del individualismo, la competitividad y la mercantilización... En este ensamblaje, se producen procesos de subjetivación, aquellos mediante los cuales el individuo se reconoce como sujeto y agente en el mundo. Se trata de ensamblajes de signo molar pues se caracterizan por sus líneas de segmentación rígida. En la noción teórica del ensamblaje propia del posthumanismo, se produce la disolución de estructura y agencia: “[la mirada posthumanista] desde su intención de subvertir los dualismos de la modernidad, puede incurrir finalmente en una síntesis positiva entre ambos extremos: ni mucha estructura, ni mucho sujeto, un término medio, abierto, no definitivo y no esencial, que constituya mutuamente a ambos polos” (Ema, 2008: 129).

Los ensamblajes serían impensables sin los “afectos”, aquellas fuerzas que condicionan las interacciones entre los diferentes elementos que constituyen el ensamblaje y que, en el caso concreto de los humanos, esto se traduce como una experiencia no consciente de intensidad, un momento de un potencial aún no estructurado. Tener esto en cuenta facilita no caer en el individuo-centrismo, ni renunciar a la realidad de las estructuras y las instituciones (Lordon, 2018: 10). Las estructuras se expresan en los individuos bajo la forma de deseos. Los afectos, entendidos como experiencias procesuales ancladas en el cuerpo (Sointu, 2016: 315), constituyen una dimensión más de la vida. Lisa Feldman Barrett (2017: 89) nos ofrece una buena aproximación al concepto de afecto. Dice que es lo que en general vamos sintiendo a lo largo del día. No hablamos de emociones sino de un tipo mucho más simple de sentimiento con dos características. La primera es su valencia, es decir cómo de agradable o desgradable puede llegar a ser. Barret nos pone los ejemplos del placer de sentir el sol en la piel, el de deleitarnos con nuestra comida preferida o las molestias desagradables de un mal de estómago. La segunda característica del afecto es el *arousal*, que tiene que ver con cómo de calmados o excitados nos sentimos, es decir, el incremento o disminución de energía que sentimos en el cuerpo al enterarnos, por ejemplo, de una buena o mala noticia, la fatiga que experimentamos después de un largo paseo, etc.

Los ensamblajes correspondientes a las personas que hacen tareas de limpieza pueden presentar diferencias importantes si el trabajo se desarrolla en ámbitos domésticos y con contratación directa o bien si se trabaja para empresas. Podemos distinguir, por ejemplo, entre los ensamblajes característicos de la sirvienta, el de la mujer de la faena que actúa por su cuenta en casas particulares y el de la trabajadora en servicios externalizados como las llamadas *kellys* u otros tipos de personas que realizan su labor a modo de asalariadas en una empresa dedicada exclusivamente a trabajos de limpieza. Más allá de lo que es la relación estrictamente laboral, en el caso de las sirvientas, las relaciones con aquellos a los que ofrecen sus servicios, según nos dice Pei-Chia Lan (2003: 530), pueden mostrar rasgos de maternalismo⁸, personalismo⁹ y/o de jerarquía distante¹⁰. Estos rasgos, que distorsionan lo que debería ser una mera relación laboral, pueden aparecer también fácilmente en la categoría de “mujer de hacer faenas” pero deberían estar ya totalmente ausentes en el caso de la “trabajadora de la limpieza” empleada en servicios externalizados.

Habitualmente, las profesiones constituyen segmentaciones rígidas (Boundas, 1993: 226), y, en nuestro caso, podemos hablar de una segmentación dura, de carácter dual, que entre otras, se manifiesta en la separación de la trabajadora de la limpieza de las personas para las que trabaja. En algunos edificios de viviendas situados en zonas acaudaladas de las grandes ciudades, hasta no hace demasiadas décadas, se estilaba tener dos entradas diferentes, una para los residentes y otra para el servicio. Constituía una segmentación hecha piedra. Más allá de este hecho, circunscrito especialmente para las trabajadoras del servicio doméstico, esta segmentación se mantiene de múltiples maneras, no sólo para el caso tipológico de las sirvientas, sino también para las trabajadoras de la limpieza en general.

El uniforme que muy a menudo llevan las trabajadoras de la limpieza también rinde cuentas de esta segmentación. La bata o mandil que usaban (y todavía usan) las mujeres del ámbito rural en sus quehaceres diarios se ha convertido en todo un símbolo de reivindicación de su trabajo¹¹. Si vamos más allá del valor representacional de la indumentaria o de los uniformes en particular y adoptamos una perspectiva posthumanista, otorgando importancia a la

⁸ Una manera de afirmar superioridad en términos de clase o étnicos. Judith Rollins habla de “paternalismo” como la nota característica de la servidumbre en la Europa occidental preindustrial (1985: 29).

⁹ Intimar para así evitar la jerarquía de estatus.

¹⁰ Para el caso español véase Poblet, 2015.

¹¹ <https://www.lavozdegalicia.es/noticia/ourense/celanova/2023/03/10/mandil-mujeres-convierte-celanova-simbolo-trabajo-remunerado/00031678443681095234510.htm> [consultado en mayo de 2024]

performatividad, el binarismo propio del representacionalismo, sujeto-objeto (individuo/uniforme), se disuelve: “Rather than clothes ‘representing’ the personality of the wearer, the clothes are performative in that it is through the clothes that personality is able to emerge and through which it is evident” (Wilde, 2022: 32).

Es a través del cuerpo que principalmente se producen los procesos de subjetificación y por lo tanto, la indumentaria constituye una herramienta importante de regulación social. No se ignora que el uniforme constituye una aplicación de poder sobre los cuerpos (Tynan, 2015). La visibilidad que conlleva implícitamente todo uniforme implica siempre reconocimiento (en nuestro caso como limpiadora), control y decontextualización (Brighenti, 2007). Todavía recuerdo ahora la extrañeza que me produjo ver a las mujeres de la limpieza de mi institución en traje normal de calle cuando ya habían concluido su jornada y se dirigían a casa. En una primera impresión no las reconocí. Es algo que pasa fácilmente cuando estamos acostumbrados a ver a una persona siempre con el uniforme característico de su trabajo y un día, de repente, la vemos sin él. Joseph y Alex aludían a esta realidad cuando mencionaban las quejas de policías negros en EEUU de que en sus propias comunidades no eran vistos como seres humanos sino sencillamente como agentes del orden, con todo lo que ello representaba (Joseph y Alex, 1972: 720): el uniforme los descontextualizaba de su realidad humana.

Más allá de las funciones que más fácilmente podemos adscribir a este tipo de indumentaria, como por ejemplo que no se confunda a estas personas con otros trabajadores de la empresa, la de control -como para que no se tomen pausas no estipuladas, o la publicitaria de la propia empresa de limpieza¹², el uniforme visibiliza su esperada invisibilidad social (Lan, 2003: 531). Cuando en una empresa alguien se cruza con una mujer de la limpieza por los pasillos no se espera que se saluden, cosa que sí pasaría con otras personas con las que se pudieran cruzar (Taylor y Fairchild, 2020: 522). En el servicio doméstico tampoco se presentan las sirvientas a los visitantes¹³.

En el trabajo de las mujeres de la limpieza, se producen continuamente movimientos de territorialización y deterritorialización que afectan al ensamblaje dentro del cual se mueve la trabajadora y que ésta los puede experimentar tanto de forma positiva como negativa. En el

¹² Sobre la importancia del uniforme, véase: Joseph y Alex (1972), Rafaeli y Pratt (1993), Pratt y Rafaeli (1997, 2001).

¹³ Sobre la invisibilidad del personal de servicio y de limpieza, véase: Rollins, 1985: 207 y ss.

ensamblaje que se corresponde a las trabajadoras que lo hacen como asalariadas en una empresa de limpieza, lo que lo caracteriza es la “relación laboral” y, por tanto, no se espera que aparezcan otros tipos de relaciones como el maternalismo, el personalismo o la jerarquía distante que tradicionalmente caracterizan el servicio doméstico. Esto, entre otras cosas, implica que deben llevar a cabo unas tareas concretas que en los contratos se resumen con la ambigua expresión de “limpieza convencional”, y una subordinación laboral hacia los jefes de la empresa de limpieza (encargado/a, supervisor/a). A menudo, sin embargo, la mujer de hacer faenas tiene que hacer frente a movimientos de territorialización por parte de ensamblajes que tienen más que ver con servidumbre y que incorporan toda una tradición como la de las sirvientas, que, recordemoslo, en España hasta no hace demasiadas décadas, no eran consideradas legalmente como trabajadoras y se movían dentro de un sistema con características que evocaban las propias de un sistema feudal (Uvalle, 1977). En estos casos de territorialización, cualquier persona del lugar donde la mujer de la limpieza lleva a cabo su tarea se puede sentir con el derecho de darles órdenes. Las líneas molares son prescriptivas, son aquellas que inscriben valor y sentido a la avanzada en las interacciones específicas (Windsor, 2015: 158) pero pueden ser fácilmente deterritorializadas por segmentación molecular.

Las trabajadoras de la limpieza pueden aceptar de buen grado que la encargada de la propia empresa o el supervisor dictaminen sobre sus funciones concretas, pero les indigna la facilidad con la que el personal de los lugares donde realizan la limpieza, tenga funciones directivas o no, se cree con el derecho de decirle cómo debe hacer su trabajo. En estos casos, se difuminan los límites entre trabajadora y sirvienta, algo que a las trabajadoras cuesta mucho de digerir, tensiones que se pueden conceptualizar como el producto de *subjetividades esquizoides* (Renold y Ringrose, 2011: 392 y ss.)

FLUJOS

A menudo, las tareas de limpieza se realizan fuera de los horarios habituales de trabajo de las empresas que contratan los servicios. Las razones esgrimidas para este proceder es la de no entorpecer el trabajo tanto de las limpiadoras como de los trabajadores de la empresa, algo que sin embargo contribuye a la cuestión de la invisibilidad antes mencionada. Este es el caso por ejemplo de Patricia¹⁴ cuando se encarga de hacer la limpieza en una guardería. Su

¹⁴ Nombre ficticio para preservar la identidad de nuestra informante.

actividad contribuye a generar una atmósfera completamente diferente a la de cuando la guardería está impregnada por el criterio de los niños y la luz del día. Las atmósferas, algo en lo que confluyen sujeto y objeto, son los resultados emergentes de flujos agenciales de un conjunto de cuerpos, de materialidades humanas y no humanas (Anderson, 2009: 78), de elementos cognitivos y sensoriales. La mujer de la limpieza realiza sus tareas en el silencio más absoluto, sólo roto por los golpes secos del palo de la fregona contra los muebles. Este silencio posiblemente ella no lo sentirá porque llevará auriculares para escuchar músicas que la transporten a otros espacios de resonancias más placenteras. El trabajo de Patricia empieza cuando las actividades de la guardería ya han concluido y, en muy buena parte del año, tendrá que trabajar con luz artificial. La atmósfera generada no será muy diferente a la que se puede experimentar en una fábrica o en cualquier otro tipo de local cuando se detiene la actividad para llevar a cabo las tareas de limpieza. Pero lo que marcará esta atmósfera es el flujo del trabajo.

El concepto de “flujo”, algo que implica siempre espacialidad, temporalidad y materialidad (Shields, 1997: 2) es bien propio del marco teórico posthumanista, y, de hecho, cualquiera de las actividades propias de una mujer de limpieza se puede entender como flujo, desde que las inicia hasta que las termina: desde que advierte un suelo sucio que la espolea a la acción hasta que el cuerpo de la mujer resuena con un suelo brillante después de haber concluido su trabajo. Resonancia implica el juego conjunto entre este cuerpo y cualquier otro elemento dentro de un registro emocional, cognitivo, sensorial o afectivo. En este flujo intervienen diferentes elementos: las ideas, como por ejemplo qué es lo que la persona se propone/hay que hacer, sus predisposiciones corporales y anímicas... También las materialidades, las herramientas que emplea, los productos de limpieza, la suciedad con todos sus diferentes tipos que debe ir gestionando. El cuerpo de la persona resuena con cada uno de estos elementos. Tiene que ir midiendo continuamente el tiempo de cada actividad para que lo que se proponía hacer, o se le ha encomendado hacer, no sobrepase el tiempo para el que se le ha contratado. Resuena también con los instrumentos de limpieza, constituidos como verdaderas prótesis de su cuerpo, con el contacto con los productos de limpieza y con los diferentes elementos de suciedad. Las potencialidades de su cuerpo aumentan mediante estos elementos. Elementos no humanos como los productos de limpieza, el polvo, la suciedad pasan a formar parte transcorporalmente de la misma sustancia de la limpiadora (Alaimo, 2010: 2), teniendo en cuenta, sin embargo, que el cuerpo no es su mera naturaleza física, sino también su acción, como conjunto de maneras y modos de ser (Viveiros de Castro, 2010: 55).

Toda la actividad constituye un juego de agencias o afectos que, según el materialismo relacional, emergen en el *in-between* de los diferentes cuerpos que entran en contacto (Hultman y Taguchi, 2010: 530). “All bodies become more than mere objects, as the thing-powers of resistance and protean agency are brought into sharper relief” (Bennett, 2010: 13). Con esta perspectiva, al descentrar al sujeto se retan los dualismos y se asume la agencia de las materialidades.

La limpiadora empuja la mopa, escurre la fregona, pasa el paño por encima de las superficies. Cada una de las acciones que lleva a cabo afecta a su cuerpo, lo estimula, lo carga, lo cansa, le puede producir lesiones¹⁵. La mujer se puede sentir pujante cuando ve que sus movimientos diestros con la fregona consiguen hacer resplandecer el suelo. El cubo rebosante de agua le estira los brazos hacia abajo y le golpea los tobillos si no va con cuidado cuando lo desplaza. Cada elemento de suciedad, un pedazo de papel en el suelo, unas motas de polvo, huellas de dedos en los muebles o las de pisadas en el suelo le absorben de forma automática su mirada escrutadora. Debe rascar con empeño la mugre que se le resiste, debe perseguir el polvillo que se le escapa, debe mover los muebles para eliminar todo resto de roña en el suelo. La mujer de la limpieza está en un estado de devenir (*becoming*) con la mopa, la fregona, el paño, el cubo de agua, del mismo modo que cada uno de estos objetos se halla, en términos deleuzianos, en un estado de devenir con la mujer (Hultman y Taguchi, 2010: 530). Estamos hablando de afectos en sentido spinoziano; todo afecto implica un cambio de estado de un ente y sus capacidades y por lo tanto un *becoming* (Deleuze and Guattari, 1988: 256). En el evento¹⁶, no se entiende al sujeto como un ser fijo, sino más bien como un modo de ser, como un verbo, no un sustantivo (Hultman y Taguchi, 2010: 532).

Cuando Patricia limpia la guardería no siempre se encuentra el espacio en el mismo estado. En ocasiones hay huellas de dedos por las paredes, en otras, encuentra bajo los armarios los objetos más inverosímiles que habrá que rescatar de su deriva. Si los niños han estado jugando con objetos hechos de poliespan, inevitablemente quedarán múltiples fragmentos por el suelo, siempre laboriosos de recoger. En ocasiones, la brigada de operarios ha tenido

¹⁵ Actualmente se reconoce en la legislación española relativa al trabajo el síndrome del túnel carpiano como un efecto de los trabajos de las limpiadoras. Aquí habría que añadir lumbagias, dolores cervicales, formación de duricias en las manos, irritaciones debidas a los productos de limpieza...

¹⁶ En el sentido deleuziano, el evento (*event*) es un momento en el espacio-tiempo en el que confluyen un conjunto de fuerzas o agencias. Se contrapone a estructura. En los eventos se generan las transformaciones de los cuerpos que se encuentran en el ensamblaje. No es el sujeto el que experimenta el evento, sino que es el evento lo que produce los efectos de subjetivación.

que hacer reparaciones en el local, dejando claras huellas de suciedad al terminar; generalmente, estos trabajadores no son siempre tan pulcros como deberían. Cuando se llevan a cabo reuniones de padres en la guardería, coincidiendo entonces con los horarios en los que Patricia hace la limpieza, la imagen pulcra de un suelo recién fregado puede desvanecerse rápidamente al trasiego de las personas convocadas. Al margen pues de la idea de trabajo como estructura, el trabajo de Patricia se lo puede considerar más bien como una potencialmente infinita concatenación de múltiples componentes que hacen que cada día - dentro de la repetición- no sea igual al anterior. El trabajo de la mujer de la limpieza se caracteriza, por tanto, por los rasgos propios de los flujos: actividad, volatilidad, auto-creación, productividad e impredecibilidad (Kontturi, 2012: 24). A diferencia de otras faenas en las que el trabajador realiza tareas absolutamente mecánicas y previsibles, algo que se produce tanto en fábricas como en oficinas, el personal de limpieza se encuentra continuamente con nuevos retos de suciedad que deberá ir gestionando con inventiva y creatividad. Tal como nos permite entender la noción de flujo, no se trata sólo de concebir a la mujer de la limpieza y aquello que la rodea como meras conexiones entre objetos, sino como un desafío a las distinciones categóricas (Krause et al., 2014: 93). Un cuerpo, o la suciedad, tal como lo experimentan las limpiadoras, no se vive de la misma manera por parte de la persona que le encarga las tareas de limpieza. No queda siempre del todo claro qué quiere decir llevar a cabo un trabajo de forma correcta. En los contratos de trabajo que regulan las actividades de las limpiadoras y que podemos remitir a la dimensión molar, tal y como ya hemos mencionado, se definen las tareas que hay que hacer como de “limpieza convencional”. Pero entre lo que el cliente, la encargada o la mujer de la limpieza entienden por trabajo realizado siempre pueden haber intersticios alienantes en los que no todo el mundo coincide con la idea de trabajo realizado; pequeñas fisuras en el flujo, pues, que pueden generar sorpresa, enfado o desazón y eso forma parte de la realidad molecular del día a día produciendo así momentos de alienación en lugar de resonancia¹⁷. La limpiadora deberá esforzarse continuamente para que los resultados del trabajo terminado se acerquen a este ideal de “limpieza convencional”, sabiendo que no cada día, el flujo de su trabajo contará con exactamente los mismos retos de suciedad. Hay una idea general de lo que hay que limpiar, pero esto se deterritorializa fácilmente dado que la labor de la limpiadora es potencialmente ilimitada. A Patricia, unas inusitadas huellas de dedos en la pared que no supo ver en el ejercicio de sus tareas de limpieza en la guardería, le costó la amonestación de una de las profesoras. Todo el mundo puede sentirse con el derecho de decir a la mujer de

¹⁷ Rosa entiende la alienación como la antítesis de la resonancia (Susen, 2020: 317).

limpieza qué es lo que tiene que hacer. Quizás lo más llamativo de esta profesión es que cuando el trabajo no está bien hecho todo el mundo se da cuenta de ello, pero cuando lo está, pasa desapercibido.

Los flujos tienen características como la textura, el tempo y la intensidad. Pensando ahora en el caso concreto de la mujer de la limpieza, la textura sería el tipo concreto de actividades que se dan en el flujo, el tempo la velocidad, y la intensidad se puede definir como la capacidad de afectación del flujo (Martí, 2023: 99). Cambios en estos parámetros inciden en la regularidad del flujo. En la regularidad de los flujos se producen las óptimas condiciones para la resonancia de la persona con la actividad que lleva a cabo; para Rosa, “resonancia” no es un estado emocional sino un modo relacional (Susen, 2020: 311). En ocasiones, a lo largo del flujo se pueden formar nudos de intensidades que alteran estas regularidades. Un nudo de intensidades es aquel momento en el que confluyen de forma perturbadora diferentes tipos de intensidades o afectos generados en los ensamblajes molares de los cuales, la persona que experimenta el nudo, también forma parte. Los afectos propios de estas intensidades se caracterizan por su naturaleza asemántica. En un nudo de intensidades se pone de manifiesto el principio hologramático tal y como lo conocemos del pensamiento complejo de E. Morin. En un holograma físico, el menor punto de la imagen del holograma contiene la casi totalidad de la información del objeto representado (Morin, 1994). Esto también se puede afirmar de un nudo de intensidades. En él confluyen diferentes vectores que llevan implícitos la vigencia de las estructuras molares de los ensamblajes. La perturbación implícita en los nudos de intensidades se resuelve a menudo en actos de micropolítica que implican el *overcoding*, es decir, el proceso mediante el cual los afectos y flujos producidos en encuentros entre cuerpos y códigos adquieren rigidez y se reinscriben en un plano simbólico y trascendente (Atanasovski, 2015: 70). Los nudos de intensidades, al igual que los intersticios alienantes son momentos clave para la generación de afectos, con efectos que tanto pueden ser positivos como negativos para las personas implicadas. También se pueden cristalizar en forma de cápsulas afectivas o engramas, término que designa el hecho de que momentos experienciales que se viven con intensidad puedan ser almacenados en el cuerpo con el fin deemerger posteriormente si una situación apropiada las requiere.

MICROPOLÍTICAS

Dentro de la molaridad estructural de los ensamblajes, a nivel molecular se generan movimientos de poder y resistencia que podemos caracterizar como micropolíticas. Hablamos de “micropolíticas” para referirnos a los movimientos de poder y resistencia en el seno de los ensamblajes (Fox y Alldred, 2016: 198) y tienen que ver con relaciones de poder en pequeñas unidades de acción entre actores específicos (Willner, 2011: 158). Una de las características de la molecularidad es la potencial producción de líneas de fuga en contra de la estabilidad propia de la molaridad (Deleuze y Guattari, 1988, en Fox y Alldred, 2013: 773). Las micropolíticas tanto pueden fortalecer las estructuras de segmentación rígida de los ensamblajes, como contrarrestarlas y subvertirlas. Cuando hablamos de neoliberalismo, en ocasiones parece que todo lo restringimos al ámbito de la macropolítica, a los grandes actores políticos y económicos (Gago, 2014: 14-15) pero actitudes neoliberales conforman también la molecularidad de nuestras sociedades, dando lugar, por ejemplo, a micropolíticas. La resistencia se produce en la confrontación entre afectos moleculares y fuerzas molares (Fox y Alldred, 2013: 773).

En la actividad de la mujer de la limpieza afloran nudos de intensidades que se aflojan o bien se construyen mediante micropolíticas. Tomemos a modo de ejemplo un caso muy habitual del día a día de las tareas de limpieza en cualquier empresa. Se friega el suelo y está mojado, pero aun así alguien de la empresa tiene que pasar. Siempre está el desconsiderado que sin apenas mirar a la mujer con la fregona en sus manos pasa y pisa el suelo como si nada; también los hay quienes, haciendo muecas apenadas, como disculpándose, acaban también pisando el suelo alargando histriónicamente los pasos. Se espera que la mujer vuelva a pasar la bayeta. Con ello se refuerzan unas estructuras molares que, al minusvalorar los trabajos de reproducción con respecto de los de producción¹⁸, infravaloran las tareas de limpieza. Se pisa el suelo todavía húmedo porque llegar a la fotocopiadora se considera más importante.

¹⁸ La distinción entre trabajos de reproducción y de producción es a menudo problemática. Como todos los binarismos en general, esta distinción no hace justicia a todo aquello que se mueve entre los dos polos, y ayuda a invisibilizar patologías sociales. Las características principales del trabajo reproductivo son: la ausencia de remuneración mediante un salario, el hecho de ser un trabajo preponderantemente femenino y su invisibilidad (Carrasquer, Torns, Tejero et al., 1998). A veces se emplea el término "trabajo reproductivo remunerado" cuando aquellos que, tratándose de servicio o limpieza, se realizan en el ámbito doméstico u otros como empresas, escuelas, hoteles, etc. (Al respecto véase Garazi, 2017). Lo que debe quedar claro, sin embargo, es que el trabajo reproductivo es también productivo (Fortunati, 1995: 99 y ss.).

Imaginémonos, sin embargo, la cara de estupefacción que pondría aquel que hace photocopies, si viniera una persona y se las rasgara una a una; se entendería como un desatino. Sin embargo, no se ve de la misma manera el hecho de que se pise un suelo húmedo. Cuando a la mujer de la limpieza se le pisa el suelo acabado de fregar, esto le afecta, y el afecto emergente le genera un sentimiento que podríamos conceptualizar como de indignación-impotencia-frustración que sin embargo no puede exteriorizar en forma de emociones, se les cierra el paso debido a las estructuras: se debe morder la lengua. Todo está en consonancia con el lugar que la mujer de la limpieza ocupa en las estructuras:

“... Los martes las profesoras suelen hacer claustro. Un día de esos se reunieron en la sala de acogida. Justo al lado de esta sala, está la clase de los bebés que yo acababa de fregar y cerrar. La directora salió de la reunión y entró a la clase de los bebés; cuando se dio cuenta de que el suelo estaba mojado dijo: ‘-ay! El suelo estaba mojado’. Yo me hice la loca, como si la cosa no fuera conmigo y me lo repitió: ‘Patricia, he pisado el suelo, tendrás que volver a pasar la fregona’”. (Patricia)

El “yo me hice la loca” de Patricia es muy sintomático para este tipo de situaciones que pueden conceptualizarse como *nudos de intensidades*. Es un momento en el que confluyen muchos vectores: el hecho de que le pisen el suelo acabado de fregar, la conciencia de la relación que Patricia entiende con su trabajo, el hecho de que una persona que no es su encargada le diga *qué tiene que hacer*, el deseo de controlar una situación que le afecta negativamente... En aquel momento concreto, no darse por enterada –“hacerse la loca”- era la única salida (micropolítica) que la limpiadora consideraba que tenía a su alcance para rehuir un choque con las estructuras. Es una línea de fuga que debería evitar la disyuntiva entre el choque o agachar la cabeza y volver a pasar la bayeta.

Obviamente, las micropolíticas hacen acto de aparición en muchos más momentos que en los propios de los *nudos de intensidades*. El hecho de que se pise el suelo recién fregado y aún húmedo dando por sentado que la limpiadora volverá a pasar la bayeta constituye uno de los muchos actos que pueden ser calificados de micropolíticas, y que forman parte de aquellas micropolíticas enfocadas a fortalecer la segmentación rígida propia del ensamblaje de las limpiadoras. Muchos de los encuentros entre la mujer de la limpieza y aquellas personas con las que debe compartir momentos en el ejercicio de su trabajo vienen caracterizados por el desprecio. Esto sucede, por ejemplo, cuando no se dirige ningún saludo a la mujer que friega mientras que sí se hace con cualquier otra persona con la que uno se cruce por los pasillos de la empresa. El desprecio tiene siempre una marcada capacidad micropolítica pues, en

palabras de Miller, sirve para articular y mantener jerarquía, estatus, rango y respetabilidad (Miller, 1997: 217). También se puede entender como desprecio o infravaloración el hecho de vetar formalmente a las trabajadoras determinadas tareas que, aunque podrían hacer, se reservan para profesionales *más expertos*. Taylor y Fairchild nos dan el ejemplo de empresas que prohíben que las mujeres de la limpieza aborden sencillas acciones de mantenimiento como extraer la suciedad que atasca el mecanismo de una aspiradora, siendo el supervisor – un hombre- el encargado de hacerlo (Taylor y Fairchild, 2020: 515), algo que se produce a menudo (Lebeer y Martínez, 2012: párrafo 15). También Patricia tiene sus experiencias en este sentido:

“Nosotras tenemos prohibido, por ejemplo, limpiar cristales -con el haragán- o hacer limpieza de alturas -como luces fluorescentes o lámparas colgantes- decapados de suelo etc.; este tipo de limpieza está destinada a *especialistas* -se llama así *especialistas*. Siempre tíos y cobran más. En estos casos, creo que la prohibición se debe al propósito de la empresa a cobrar *trabajos extraordinarios* y fuera de lo convencional a la firma que la contrata. Pese a ello, esto la gente no lo acaba de entender o saber. En la guardería, las lámparas colgantes son *trabajo de los especialistas*, así me lo dijo mi encargada, aún así, tenemos que hacerlas nosotras, porque los *especialistas* cuando vienen a hacer los cristales, nunca las hacen, y entonces las profesoras se quejan a nosotras”.

También realidades como ésta propician la formación de *nudos de intensidades*. Esto sucede cuando Patricia limpia las lámparas de los espacios de la guardería, aunque no sea una de sus tareas estipuladas. En estos nudos confluyen diferentes tipos de afectos generados por el hecho de que una deba entenderse como “no-especialista”, que los especialistas sean hombres, que aunque no se reconozca a la mujer su capacidad de efectuar un trabajo concreto se le pida hacerlo, el hecho de que se sepa (aunque no se verbalice) que se le paga menos para llevar a cabo una tarea específica¹⁹.

Estas micropolíticas tienen la función de *poner orden* donde parezca que la segmentación rígida se pueda debilitar. Cuando se hace el trabajo en casas particulares, las líneas de segmentación casa mía/casa tuya no están siempre del todo claras. La mujer de la limpieza debe hacerse propio un espacio que no es el suyo, no para disfrutarlo sino para trabajar en él. La segmentación social y la espacial no coinciden. La mujer de la limpieza o la de servicio ocupa un espacio, pero socialmente no como los residentes de la vivienda (Rollins, 1985) lo que será constantemente recordado mediante una multitud de pequeños detalles (Lan, 2003: 527).

¹⁹ Sobre la desigualdad de género en el sector de la limpieza, véase: Lebeer y Martínez, 2012. Dentro del sector se asume que los cristaleros son siempre hombres y las tareas de limpieza son más propias de mujeres (Sindicat de Manteniment i Neteja de Sabadell CNT, 2024: 19).

A menudo, por ejemplo, no se verá con buenos ojos que se siente en el sofá de la casa, y si se tiene que tomar un respiro, mejor que lo haga en alguna silla de la cocina.

Del mismo modo que se hace con las empleadas del hogar, a menudo, cuando las limpiadoras trabajan en casas particulares, la dueña insiste en darles cosas, como artículos de vestir, que ella ya no precisa y piensa que las trabajadoras pueden todavía aprovechar, algo que se puede entender como una falta de respeto hacia la persona adulta que es la mujer empleada (Rollins, 1985: 186; Poblet, 2017):

“Cuando trabajaba para una empresa de servicios domésticos, limpiaba una casa particular de una mujer, que siempre me daba cosas, objetos que yo interpretaba como basura, y bolsos, muchos bolsos que me parecían horribles. No me sentía con el valor de no aceptar todas esas cosas, me las llevaba aparentemente muy agradecida para que acabaran en la basura de mi casa”. (Patricia)

Con el fin de contrarrestar estas actitudes maternalistas que apuntan a distinciones jerárquicas y que a menudo llevan implícita una minusvaloración hacia las trabajadoras (Rollins, 1985: 186), la escritora estadounidense Lucia Berlin, por ejemplo, en su libro *Manual para mujeres de la limpieza* nos dice: “... aceptad todo lo que la señora os dé, y decid gracias. Luego lo podéis dejar en el autobús, en el hueco del asiento”.

Si estas micropolíticas tienden a reforzar la segmentación rígida, también se producen micropolíticas en sentido contrario con el fin de burlarla. Berlin nos aporta también algunos ejemplos de micropolíticas contra el exceso de trabajo: “Dejo la aspiradora encendida media hora (un sonido relajante) y me tumbo debajo del piano con un trapo de limpiar el polvo en la mano, por si acaso. Simplemente me quedo ahí tumbada, tarareando y pensando.”

Cuando la limpiadora se niega a volver a pasar la bayeta después de que alguien haya pisado el suelo todavía húmedo, está haciendo también un acto de afirmación en relación al respeto que se merece su trabajo.

Especialmente en el caso concreto en que la mujer de limpieza sufre los efectos deterritorializadores como el apuntado en líneas anteriores en los que se borra el límite entre servidumbre y la relación estrictamente laboral, se producen constantemente situaciones que al generar flujos emocionales pueden acabar expresándose en acciones de micropolítica. Estas micropolíticas surgen a raíz de pequeños momentos del día a día que, cuando se producen de forma acumulativa en un grado suficiente, conducen a saltos cualitativos que

pueden ser significantes en procesos de cambio. Laura, una compañera de trabajo de Patricia, optó por despedirse ella misma dejando colgada la empresa que la contrataba, después de haber estado meses sufriendo trastornos de ánimo como ansiedad, nerviosismo, angustia e insomnio, medicándose por preinscripción médica para estos síntomas, todo fruto de los sinsabores acumulados surgidos a raíz de deterritorializaciones prácticamente sistémicas en lo que ella consideraba su ensamblaje.

UN TRABAJO INFRAVALORADO

La gran cuestión que se nos plantea es, pues, por qué si las mujeres de limpieza hacen un trabajo necesario se las maltrata socialmente, algo que se pone de manifiesto tanto en su baja remuneración, como de forma muy especial en el exiguo prestigio otorgado a la profesión.

Las razones para la infravaloración de las tareas que debe hacer una mujer de limpieza no son muy difíciles de establecer. Aunque no sea cierto, se supone que se trata de un trabajo no cualificado para el que no se precisa ninguna formación especial. El hecho de que se trate de un trabajo que “cualquier persona podría hacer” constituye una de las razones por su menor consideración social (Saunders, 1990: 58). Además, se trata de un trabajo manual y que tradicionalmente se asocia a la mujer que es quien más a menudo se encarga de llevar a cabo tareas de reproducción. Y una razón añadida y de mucho peso que hace que otras ocupaciones laborales que podrían compartir las anteriores características no sean tan minusvaloradas, es el contacto directo de la persona con la suciedad. Antes decíamos que la suciedad no es sólo un fenómeno físico sino también moral. Ello recuerda, por cierto, la discriminación que sufren los burakumin en la tradición japonesa. Se consideran impuros por el hecho de ejercer profesiones que de una manera u otra implican contacto con cadáveres o sus derivados (carniceros, peleteros, zapateros...). Esta circunstancia los hace despreciables, tanto a ellos, como a las profesiones que efectúan a pesar de la necesidad social de estos cometidos laborales (Martí, 1997).

El ocupacionismo en el caso de las mujeres de limpieza, sin embargo, se nutre de dos hechos que hay que diferenciar. Por un lado, todo lo que hace referencia a las características propias del trabajo y que ya ha sido mencionado. Por otro, el hecho de que en el imaginario social se configure una idea de colectivo que asume características propias, más allá de las relativas a un trabajo infravalorado. Así, por ejemplo, el trabajo de limpieza se lo asocia con un colectivo

caracterizado por personas inmigrantes y de baja formación. Según los datos recogidos en nuestro trabajo de campo, por parte de las personas que las contratan, se valora mucho que la limpiadora sea, por este orden: catalana, española, sudamericana, negro-africana y en último lugar, magrebí. A menudo se esgrime como criterio que se las prefiere catalanas por la razón de que así se las entiende cuando hablan. En el caso de limpiadoras catalanoparlantes, no obstante, se produce a menudo el hecho contradictorio de que se les dirijan en español porque se identifica fácilmente su trabajo como propio de la población no autóctona. En décadas anteriores, muchas de las mujeres que se dedicaban a la limpieza eran analfabetas, no hacía falta saber leer y escribir para hacer un buen trabajo. Hoy en día, con la enseñanza obligatoria, ya no hay prácticamente personas analfabetas en España. Pero aún así, se las sigue relacionando con poca formación, de ahí la sorpresa cuando se constata que alguna trabajadora de la limpieza tiene estudios superiores, algo que sucede especialmente con personas inmigradas y que tiende a ser ocultado por la propia limpiadora.

Sabemos que, en realidad, las identidades son fluidas y múltiples. La cualidad de ser una mujer-de-la-limpieza no es una característica de la persona, sino la consecuencia de flujos de afectos productivos que se generan en los ensamblajes con todos los elementos que implican, materiales e inmateriales, un hecho bien reconocido por la teoría posthumanista (Ferrando, 2023: 18).

Aquí podemos hablar de “becoming” en el sentido de Deleuze y Guattari (1988), algo que tiene que ver con proceso, interconectividad y relationalidad. Una mujer deviene una mujer-de-la-limpieza mediante un proceso continuo de transformaciones creativas. El ocupacionismo, sin embargo, captura la identidad en la persona dando una imagen de esta identidad como algo fijo. El sujeto, en este caso la mujer de la limpieza, no tiene propiedades inherentes que constituyan su identidad, sino que viene a ser un clúster de fuerzas intensivas resultado de su participación en diversos ensamblajes (Braidotti, 2006, párrafo 16). La importancia que el posthumanismo otorga a las relaciones por encima de las esencias nos hace conceptualizar la identidad y la subjetividad no como el resultado de algo inherente a la persona, sino que emerge a partir de las múltiples relaciones con materialidades y no-materialidades, y la performatividad. Hay que entender al individuo en una red vital de interrelaciones complejas (Braidotti, 2013: 100). La idea de autenticidad propia del humanismo y a la que se aferra también el pensamiento neoliberal choca con la visión posthumanista. La idea de identidad entendida como algo estático se transforma en el

pensamiento deleuziano cuando se la considera un *becoming*, un devenir, como una práctica de repeticiones con diferencias en cada repetición, un proceso continuo de transformaciones creativas (Smelik, 2016). Por lo tanto, se pueden entender las identidades de hecho como “un encuentro, un acontecimiento, un accidente. Las identidades son multicausales, multidireccionales, liminales; las huellas no siempre son evidentes” (Puar, 2012: 59), y en estos procesos, el lenguaje y los discursos engranados en las estructuras de poder, en las que el ocupacionismo se hace patente, juegan un papel importante. De hecho, cuando nos aferramos al ser humano sin tomar en consideración los ensamblajes y fuerzas que lo constituyen podemos hablar de alienación en términos posthumanistas (Williams, 2018: 60). Si al menoscabo social del colectivo que se dedica a tareas de limpieza y que se relaciona con una idea fija de identidad atribuida añadimos la baja retribución económica, nos encontramos con las principales características que E. Shils consideraría propias del poco prestigio de un trabajo (Shils, 1968: 108).

CODA

En un informe de la *New Economics Foundation*, se calculó el retorno social de la inversión (Social Return on Investment, SROI) de algunos empleos, una herramienta analítica sobre el valor que generan a partir de costes y beneficios desde el punto de vista social (incluyendo también aspectos medioambientales y económicos) (Lawlor, Kersley y Steed, 2009: 36). El SROI calcula la cantidad de valor social que se crea a partir de cada euro invertido en los salarios. Mientras que ocupaciones que figuran entre las mejor pagadas como la de banquero, publicista o asesor fiscal daban a dicho informe un SROI negativo, es decir, destruía más valor (social) que lo generaba, en otras profesiones entre las peores pagadas como la de limpiadoras de hospitales, trabajadoras de guarderías infantiles y trabajadores en plantas de reciclaje de basura, el SROI resultaba positivo²⁰. Las principales conclusiones de este informe son, pues, que mientras algunos de los empleos mejor pagados son los que menos nos benefician socialmente, otros de entre los peores remunerados son los que nos aportan más beneficios.

El neoliberalismo tiene como premisa básica que el trabajo, como uno de los factores de producción, se remunera según su valor, el cual se establece mediante el juego entre la oferta

²⁰ Obviamente, el SROI es una medida bastante compleja de calcular. Sobre los criterios de medición véase Lawlor, Kersley y Steed, 2009; Cupitt, 2009.

y la demanda, lo que en el mundo actual facilita también la precariedad laboral. Que el sistema neoliberal es una de las razones de la desigual riqueza en el mundo lo dicen claramente las estadísticas. Las desigualdades económicas en el planeta aumentaron con el auge del neoliberalismo a partir de 1980 (Chancel *et al.*, 2022: 11). Según datos de 2021, a nivel global, un 50% de la población posee un 1% de la riqueza total, mientras que un 10% acapara el 82% (*ibid.* 27).

Todos aquellos casos, como el ejemplo concreto de las mujeres de la limpieza, en los que el estatus y correspondiente remuneración económica no están en función directa con la utilidad del servicio, nos deben hacer sospechar sobre el sistema. Obviamente, la explicación más simple de este desajuste es que en el sistema, todo está en función de la oferta y la demanda. Esto es propio de una sociedad de mercado. ¿Hasta qué punto liga esto, sin embargo, con la idea humanista de dignidad humana cuando la manera de tratar seres humanos se encasilla según los valores de una sociedad de mercado?

Sherryl Vint se pregunta si la visión posthumanista nos puede ayudar a visualizar nuevas maneras de organizar nuestra sociedad (Vint, 2005). Resulta evidente que, si el principal foco de atención del posthumanismo radica en la reconceptualización de ser humano, la respuesta sólo puede ser positiva. Y sobre todo por el hecho que apunta Vint de tener que pensarnos en términos de colectividades más que como individuos aislados. Pensarnos en términos de colectividades nos lleva a poner en cuestión un sistema orientado hacia la acumulación de capital por parte de algunos, que entre otras consecuencias nefastas tiene la de incrementar la grieta social. Desde una óptica posthumanista resulta incomprensible cómo no se limitan por ley las ganancias de aquellas pocas personas que acumulan riquezas exorbitantes para así posibilitar su redistribución pues, al fin y al cabo, si entendemos el individuo no como algo discreto, sino inmerso en sus correspondientes ensamblajes, resultaría irrisorio entender la riqueza acumulada como únicamente el fruto de las actividades de una única persona. Y esta misma lógica redistributiva debería aplicarse a las desigualdades económicas entre países. Si hay algo claro en los posicionamientos ontológicos del posthumanismo es que se posee una visión de mundo que rompe con aquella tradición humanista que ha contribuido al surgimiento del neoliberalismo actual.

El libro de Treiman sobre el prestigio de las ocupaciones laborales finaliza haciendo un alegato por la dignidad que se merece todo trabajador por la actividad que realiza (Treiman,

1977: 234). Y es precisamente este sentido de dignidad y autoestima el que –entre otros- hay que trabajar en el seno de la sociedad. Más allá de intentar hallar soluciones individuales a problemas sociales, es en la realidad de los ensamblajes en los que se mueven las mujeres de la limpieza donde deberían incidir con fuerza las medidas antiocupacionistas. Una de las características del trabajo precario es precisamente la falta o debilidad de la representación colectiva, un hecho agravado por la realidad actual de lo que François Dudet llamó “desigualdades múltiples” en las que la frustración ya no se entiende en términos de “soy desigual” en el registro de clase sino en “calidad de”, es decir, como desigualdades individualizadas (Dudet, 2020). En el caso de las mujeres de la limpieza, se trata de un colectivo vulnerable que difícilmente puede recurrir a métodos de reivindicación laboral como las huelgas, una realidad además agravada por el hecho de que muchas de las personas de este colectivo provienen del ámbito de la inmigración y a menudo con problemas legales de residencia. Una dificultad añadida en las reivindicaciones de sus derechos laborales es la fragmentación de sus ocupaciones laborales, algo sintomático también de los trabajos precarios. Lo más a menudo es que la mujer de la limpieza sea activa en diferentes puestos de trabajo a un mismo tiempo.

Buena parte de la problemática de las mujeres de la limpieza radica, pues, en que los ensamblajes en los que actúan son receptores de ideologías propias del sexism, racismo y, especialmente, del ocupacionismo. La actividad laboral de la limpieza se la entiende en términos generales como una tarea femenina, que acoge la necesidad de trabajar de muchas mujeres inmigradas y un empleo de bajo prestigio social. Difícilmente se puede, pues, enderezar la situación sin cambios profundos en nuestra manera de organizar la sociedad. Lo que está claro es que discriminaciones de corte sistémico no se abordan sólo pensando en las personas afectadas y sus circunstancias particulares sino en el conjunto de la sociedad.

Pero, sobre todo, lo que debemos tener muy presente es que el ocupacionismo no es una patología social aislada. El ocupacionismo es sólo uno de tantos procesos que surgen con el fin de legitimar relaciones de discriminación, más allá de aquellas de las que tanto se habla como el sexism o racismo. Pensemos en aquellas formas de discriminación que según valores sociales contingentes van aflorando en el seno de nuestra sociedad: el analfabeto, el indigente, el fumador, la persona obesa... a los que, siguiendo el pensamiento humanista y neoliberal, se les adjudica responsabilidad individual. La idea de que hay maneras correctas y

no correctas de vivir es algo que está profundamente arraigado en regímenes de control humanísticos, neoliberales y capitalistas (Wilde, 2022: 30).

El problema radica en este patrón que en el marco de una ontología determinada nos hace decir “yo soy mejor que tú” o “nosotros somos mejores que vosotros” y que incide de forma directa en la vida social, pues, al fin y al cabo, las dinámicas de toda sociedad dependen en buena medida de cómo ésta interpreta lo que es o debería ser el ser humano (García, 2017: 122). A menudo, “ser diferente de” significa “ser menos que” (Braidotti, 2013: 28). ¿Qué sociedad construimos, pues, si sus individuos se mueven continuamente en patrones que fomentan la práctica de pensamiento del “yo soy mejor que tú...”? El posthumanismo se esfuerza por superar las limitaciones del modelo cultural hegemónico al que lleva el humanismo en el que fácilmente se interpreta la diferencia como inferioridad. Sabemos que hay una estrecha relación entre ontología y práctica. Actuamos según nuestra conceptualización del mundo y la realidad (Pickering, 2005: 7). Difícilmente se pueden llegar a deconstruir nociones socialmente injustas que llevan al sexism, racismo, edatismo, capacitismo u ocupacionismo sin haber deconstruido antes la noción occidental de ser humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Akçali, Özge (1994) *Occupationism: occupational discrimination in relation to funeral directors*, Tesis doctoral. McGill University, Montreal.
- Althusser, Louis (2016) *Sobre la reproducción*, Madrid, Akal.
- Anderson, Ben (2009) “Affective atmospheres”, *Emotion, Space and Society*, vol. 2, nº 2, pp. 77-81. DOI:10.1016/j.emospa.2009.08.005
- Ashforth, Blake E.; Kreiner, Glen E. (1999) “How Can You Do It?: Dirty Work and the Challenge of Constructing a Positive Identity”, *The Academy of Management Review*, vol. 24, nº 3: 413-434. <https://doi.org/10.2307/259134>
- Alaimo, Stacy (2010) *Bodily Natures: Science, Environment, and the Material Self*, Bloomington, Indiana University Press.

Atanasovski, Srđan (2015) “Consequences of the Affective Turn: Exploring Music Practices from without and within”, *Muzikologija*, vol. 18, pp. 57-75. DOI:10.2298/MUZ1518057A

Barrett, Lisa Feldman (2017) *How Emotions Are Made: the secret life of the brain*, New York, Houghton Mifflin Harcourt.

Basaure, Mauro; Montero, Darío (2018) “Rasgos de la investigación y teoría crítica de la sociedad actual”, en M. Basaure, D. Montero (eds.), *Investigación y teoría crítica para la sociedad actual*, Barcelona, Anthropos, pp. 9-38.

Bennett, Jane (2010) *Vibrant Matter. A political ecology of things*, Durham, Duke University Press.

Berlin, Lucia (2016) *Manual para mujeres de la limpieza*, Barcelona, Penguin Random House (Ebook).

Bosmans, K.; Mousaid, S.; De Cuyper, N.; et al. (2016) “Dirty work, dirty worker? Stigmatisation and coping strategies among domestic workers”, *Journal of Vocational Behavior*, vol. 92, pp. 54–67. DOI:10.1016/j.jvb.2015.11.008

Boundas, Constantine V. (Ed.) (1993) *The Deleuze Reader*, New York, Columbia University Press.

Braidotti, Rosi (2006) “Affirming the Affirmative: On Nomadic Affectivity”, *Rhizomes*, vol. 11-12, disponible en <http://www.rhizomes.net/issue11/braidotti.html>

Braidotti, Rosi (2013) *The Posthuman*, Cambridge, Polity.

Brightenti, Andrea (2007) “Visibility: a category for the social sciences”, *Current sociology*, vol.55, nº 3, pp. 323-342. DOI:10.1177/0011392107076079

Brunet Icart, Ignasi; Santamaría Velasco, Carlos A. (2016) “La economía feminista y la división sexual del trabajo”, *Culturales* IV vol. 1, pp. 61-86.

Carson, Andrew D. (1992) “On occupationism”, *The Counseling Psychologist*, vol. 20, nº 3, pp. 490–508. <https://doi.org/10.1177/00111000092203007>

Carrasquer, Pilar; Torns, Teresa; Tejero, Elisabet; Romero, Alfonso (1998) “El trabajo reproductivo”, *Papers. Revista de Sociología*, vol. 55, pp. 95-114.

Chancel, Lucas; Piketty, Thomas; Saez, Emmanuel; Zucman, Gabriel (2022) "World Inequality Report", *World Inequality Lab*, disponible en https://wir2022.wid.world/www-site/uploads/2021/12/WorldInequalityReport2022_Full_Report.pdf

Cupitt, Sally (Ed.) (2009) *A guide to social return on investment*, Office of the Third Sector, Cabinet Office, disponible en https://neweconomics.org/uploads/files/aff3779953c5b88d53_cpm6v3v71.pdf

De Landa, Manuel (2006) *A New Philosophy of Society: Assemblage Theory and Social Complexity*, London y New York, Continuum.

De Landa, Manuel (2016) *Assemblage Theory*, Edinburgh, Edinburgh University Press.

Deleuze, Gilles; Guattari, Felix (1988) *A Thousand Plateaus: Capitalism & Schizophrenia*, London, Athlone Press.

Douglas, Mary (1984) *Purity and Danger: An analysis of the concepts of pollution and taboo*, London, Routledge.

Dudet, François (2020) *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Elias, Norbert (1988) *El proceso de la civilización*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Ellis, Cristin (2018) *Antebellum Posthuman race and materiality in the mid-nineteenth century*, New York, Fordham University Press.

Ema López, José Enrique (2008) "Posthumanismo, materialismo y subjetividad", *Política y Sociedad*, vol. 45, nº 3, pp. 123-137.

Ferrando, Francesca (2023) *The Art of Being Posthuman: Who Are We in the 21st Century?*, Cambridge, Polity Press.

Fortunati, Leopoldina (1995) *The Arcane of Reproduction: Housework, Prostitution, Labor, and Capital*, Brooklyn: Autonomedia.

Foucault, Michel (1966) *Les mots et les choses*, Paris, Gallimard.

Fox, Nick. J.; Alldred, Pam (2013) "The sexuality-assemblage: desire, affect, anti-humanism", *Sociological Review*, vol. 61, nº 4, pp. 769-789. DOI:10.1111/1467-954X.12075

- Fox, Nick. J; Alldred, Pam (2016) *Sociology and the New Materialism*, London, SAGE.
- Fox, Nick. J.; Alldred, Pam (2018) “New materialism”, en P.A. Atkinson, S. Delamont, M.A. Hardy, M. Williams (eds.), *The SAGE Encyclopedia of Research Methods*, London, Sage, disponible en <https://methods.sagepub.com/foundations/new-materialism>.
- Gago, Verónica (2014) *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Galarza, Bárbara (2019) “Locas de la limpieza y técnicas industriosas del cuerpo en una villa obrera”, *Cuadernos de antropología social*, vol. 50, pp. 107-124. <https://doi.org/10.34096/cas.i50.5375>
- Garazi, Débora (2017) “Las inestables fronteras entre el trabajo ‘productivo’ y ‘reproductivo’”. Reflexiones a partir del trabajo en el sector hotelero”, *Trabajo y Sociedad*, vol. 29, pp. 431-446.
- García Ferrer, Raúl (2017) “Concepciones actuales de la naturaleza humana: del dualismo al monismo y a la no-naturaleza”, *Quaderns-e*, vol. 22, nº 1, pp. 122-138.
- Harvey, David (2007) *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- Joseph, Nathan; Alex, Nicholas (1972) “The uniform: a sociological perspective”, *The American Journal of Sociology*, vol. 77, nº 4, pp. 719-730.
- Hughes, Everett (1951) “Work and the self”, en J.H. Rohrer, M. Sherif (eds.), *Social psychology at the crossroads*, New York: Harper & Brothers, pp. 313–323.
- Hultman, Karin; Lenz Taguchi, Hillevi (2010) “Challenging anthropocentric analysis of visual data: A relational materialist methodological approach to educational research”, *International Journal of Qualitative Studies in Education*, vol. 23, pp. 525–542. <https://doi.org/10.1080/09518398.2010.500628>
- Kontturi, Katve-Kaisa (2012) *Following the Flows of Process: A New Materialist Account of Contemporary Art*, Turku: University of Turku.
- Krause, Franz; Strang, Veronica; de La Croix, Jeanne Féaux; Raffles, Hugh (2014) “Forum. What to do about ‘flow’? A conversation about a contested concept”, *Suomen Antropologi: Journal of the Finnish Anthropological Society*, vol. 39, nº 2, pp. 89-102.

Krumboltz, John D. (1991) "Brilliant insights—Platitudes that bear repeating", *The Counseling Psychologist*, vol. 19, pp. 298-315.

Krumboltz, John D. (1992) "The Dangers of Occupationism", *The Counseling Psychologist*, vol. 20, nº 3, pp. 511–518. DOI:10.1177/0011000092203009

Lan, Pei-Chia (2003) "Negotiating Social Boundaries and Private Zones: The Micropolitics of Employing Migrant Domestic Workers", *Social Problems*, vol. 50, nº 4, pp. 525-549.

Latour, Bruno (2005) *Reassembling the Social. An introduction to Actor-Network-Theory*, Oxford: Oxford University Press.

Lawlor, Eilis; Kersley, Helen; Steed, Susan (2009) *A Bit Rich: Calculating the real value to society of different professions*, New economics foundation, disponible en <https://neweconomics.org/2009/12/a-bit-rich>

Lebeer, Guy; Martínez, Esteban (2012) "Trabajadoras del sector de la limpieza: precariedad en el empleo, desigualdades temporales y división sexual del trabajo", *Género, Atividades e Saúde* vol. 8, nº 1, disponible en <https://doi.org/10.4000/laboreal.7018>

López Alós, Javier (2019) *Crítica de la razón precaria: la vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario*, Madrid, Catarata.

Lordon, Frédéric (2018) *La sociedad de los afectos. Por un estructuralismo de las pasiones*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

Low, Kelvin E. Y. (2006) "Presenting The Self, The Social Body, and The Olfactory: Managing Smells in Everyday Life Experiences", *Sociological Perspectives*, vol. 49, nº 4, pp. 607-631. <https://doi.org/10.1525/sop.2006.49.4.6>

Martí, Josep (1997) "Los burakumin, en la sociedad japonesa", *Revista Internacional de Sociología*, vol. 16, pp. 183-203.

Martí, Josep (2023) "Nuevas herramientas conceptuales para un mundo que cambia: El posthumanismo", *Revista Sarante*, vol. 50, pp. 80-114.

Message, Kylie (2005) "Segmentarity", en A. Parr (ed.), *The Deleuze Dictionary*, Edinburgh, Edinburgh University Press, pp. 240-242.

Miller, William Ian (1997) *The anatomy of disgust*, Cambridge, Harvard University Press.

Morin, Edgar (1994) *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.

Nayar, Pramod K. (2014) *Posthumanism*, Cambridge, Polity Press.

Neimanis, Astrida (2017) *Bodies of Water: Posthuman Feminist Phenomenology*, London, Bloomsbury.

Pickering, Andrew (2005) “Space—The Final Frontier”, en H. Schramm, L. Schwarte, J. Lazardzig (eds.), *Collection, Laboratory, Theater*, Berlin, Walter de Gruyter, pp. 1-8.

Poblet, Gabriela (2015) “Invisibility, exploitation, and paternalism: Migrant Latina domestic workers and rights to family life in Barcelona, Spain” en M. Kontos y G. Bonifacio (eds.), *Migrant Domestic Workers and Family Life*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 88-106.

Poblet, Gabriela (2017) “No quiero regalos. Solo quiero que cambien las leyes”, *Quaderns-e* de l’Institut Català d’Antropologia, vol. 22, nº 2, pp. 115-132.

Pratt, Michael; Rafaeli, Anat (1997) “Organizational dress as a symbol of multilayered social identities”, *Academy of Management Journal*, vol. 40, nº 4, pp. 862-898.
<https://doi.org/10.2307/256951>

Pratt, Michael; Rafaeli, Anat (2001) “Symbols as a language of organizational relationships”, *Research in Organizational Behavior*, vol. 23, pp. 93-13. [https://doi.org/10.1016/S0191-3085\(01\)23004-4](https://doi.org/10.1016/S0191-3085(01)23004-4)

Puar, Jasbir (2012) “I would rather be a cyborg than a goddess’: Becoming-Intersectional in Assemblage Theory”, *philoSOPHIA*, vol. 2, nº 1, pp. 49–66.

Rafaeli, Anat; Pratt, Michael (1993) “Tailored meaning: On the meaning and impact of organizational dress”, *Academy of Management Review*, vol. 18, nº 1, pp. 32-55.
<https://doi.org/10.2307/258822>

Renold, Emma; Ringrose, Jessica (2011) “Schizoid subjectivities? Re-theorizing teen girls’ sexual cultures in an era of ‘sexualization’”, *Journal of Sociology*, vol. 47, nº 4, pp. 389–409.

Rollins, Judith (1985) *Between Women: Domestics and their Employers*, Philadelphia, Temple University Press.

Saunders, Conrad (1981) *Social stigma of occupations: The lower grade worker in service organisations*, Westmead, Gower.

Saunders, Peter (1990) *Social Class and Stratification*, London, Routledge.

Shields, Rob (1997) “Flow as a New Paradigm”, *Space and Culture*, vol. 1, nº 1, pp. 1-7. DOI:10.1177/120633129700100101

Shils, Edward (1968) “Deference”, en J. A. Jackson (ed.), *Social Stratification* (Sociological Studies 1), Cambridge, Cambridge University Press, pp. 104-132.

Shove, Elizabeth (2003) *Comfort, Convenience, and Cleanliness*, Oxford, Berg.

Sindicat de Manteniment i Neteja de Sabadell (CNT) (2024) *El sector de la neteja a Catalunya*, Sabadell, CNT.

Smelik, Anneke (2016) “Gilles Deleuze: Bodies-without organs in the folds of fashion”, en A. Rocamora, A. Smelik (eds.), *Thinking Through Fashion: A Guide to Key Theorists*, London, Tauris, pp. 165–183.

Sointu, Eeva (2016) “Discourse, Affect and Affliction”, *The Sociological Review*, vol. 64, nº 2, pp. 312–328. DOI:10.1111/1467-954X.12334

Susen, Simon (2020) “The Resonance of Resonance: Critical Theory as a Sociology of World-Relations?”, *International Journal of Politics, Culture, and Society*, vol. 33, pp. 309–344. DOI:10.1007/s10767-019-9313-6

Taylor, Carol A.; Fairchild, Nikki (2020) “Towards a posthumanist institutional ethnography: viscous matterings and gendered bodies”, *Ethnography and Education*, vol. 15, nº 4, pp. 509-527. <https://doi.org/10.1080/17457823.2020.1735469>

Treiman, Donald J. (1977) *Occupational Prestige in Comparative Perspective*, San Francisco, Academic Press.

Tynan, Jane (2015) “Michel Foucault. Fashioning the Body Politic”, en A. Rocamora, A. Smelik (eds.), *Thinking Through Fashion: A Guide to Key Theorists*, London, Tauris, pp. 184-199.

Uvalle, Julia (1977) “La servidumbre de las ‘chachas’”, *Triunfo*, XXXII, nº 779, pp. 36-37.

Vint, Sherryl (2005) “Theorising the Global: The Limits of Posthuman Subjectivity and Collective Agency in Joan Slonczewski’s Brain Plague”, *Post Identity*, vol. 4, nº 2, disponible en <http://hdl.handle.net/2027/spo.pid9999.0004.204>

Vita, Leticia, (2007) “Trabajo y salario”, en Aníbal D’Auria (ed.), *El anarquismo frente al derecho: lecturas sobre propiedad, familia, estado y justicia*, Buenos Aires, Libros de Anarres, pp. 101-110.

Viveiros de Castro, Eduardo (2010) *Metafisicas canibales: Lineas de antropologia postestructural*, Buenos Aires, Katz.

Wilde, Poppy (2022) “Diffractively Watching Queer Eye: difficult knowledge through posthumanism and neoliberalism”, *Interconnections: journal of posthumanism*, vol. 1, nº 2, pp. 24-38.

Williams, James (2018) “Alienation”, en R. Braidotti; M. Hlavajova (eds.), *Posthuman Glossary*, London, Bloomsbury, pp. 59-60.

Willner, Roland (2011) “Micro-Politics: An Underestimated Field of Qualitative Research in Political Science”, *German policy studies*, vol. 7, pp. 155-185.

Windsor, Joshua (2015) “Desire lines: Deleuze and Guattari on molar lines, molecular lines, and lines of flight”, *New Zealand Sociology*, vol. 30, nº 1, pp. 158-164.

Wolfe, Cary (2010) *What Is Posthumanism?*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Recepción: 13-3-2025

Aceptación: 8-10-2025